LEWIS CARROLL

Alicia
en el País de las Maravillas

ILUSTRACIONES DE TONY ROSS

ANAYA

LEWIS CARROLL

Alicia en el País de las Maravillas

Traducción y notas:
Ramón Buckley

Ilustraciones:
Tony Ross

ANAYA

Título original:
Alice's Adventures in Wonderland
Through the Looking-Glass and What Alice Found There

Traducción y notas: Ramón Buckley, 1984, 1999
© De las ilustraciones: Tony Ross, 1992, 1993
Publicado en Gran Bretaña, en 1992 y 1993, por Andersen Press Ltd.
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, octubre 2009

Diseño:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-8689-8
Depósito legal: M. 37470-2009
Impreso en Peñalara, S.A.
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

LAS AVENTURAS DE ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

I. Por la madriguera abajo 11
II. El Mar de Lágrimas 21
III. Una carrera electoral que trae cola 31
IV. El Conejo manda un «billete» 39
V. Los consejos de una oruga 51
VI. Un cerdo que estornuda 61
VII. Una merienda de locos 73
VIII. El partido de croquet 83
IX. El cuento de la Falsa Tortuga 95
X. La contradanza de las langostas 105
XI. ¿Quién robó las tartas? 117
XII. El testimonio de Alicia 125

A TRAVÉS DEL ESPEJO Y LO QUE ALICIA ENCONTRÓ ALLÍ

Prólogo del Autor 137
El peón blanco (Alicia) juega y gana en once jugadas. 139
I. La Casa del Espejo 143
II. El jardín de las flores vivas 157
III. Los insectos de la Casa del Espejo 169
IV. ¡Tarará y Tararí! 183
V. La Oveja y su madeja 201
VI. Don Huevón 215
VII. El León y el Unicornio 227
VIII. «Es un invento mío» 239

IX. Alicia, Reina 263
X. El meneo 282
XI. Se despertó 283
XII. ¿Quién lo soñó? 285

NOTAS

Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas 291
A través del espejo y lo que Alicia encontró allí 301

Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas

En una tarde dorada,[1]
por la tranquila corriente,
navegamos lentamente
remando sin decisión.
Y es que manejan los remos
torpes bracitos en vano,
y no consigue la mano
enderezar el timón.

¡Trío cruel! Me pedían
a aquellas horas un cuento,
cuando no tenía aliento
para una pluma mover.
Mas contra tres lenguas juntas,
explicadme, ¿qué podría
hacer la pobre voz mía,
si hablan a la vez las tres?

Prima, imperiosa, su edicto
lanza: «¡Que empiece enseguida!»
Secunda, más comedida,
solo llega a proponer:
«Que haya muchos disparates».
Y *Tertia,* a cada momento,
me va interrumpiendo el cuento
cada minuto una vez.
Hecho por fin el silencio,

con fantástica mirada,
van tras la niña soñada
a una tierra sin igual:
País de las Maravillas,
donde aves y bestias parlan
y con ella alegres charlan...
Casi creen que es verdad.

Cuando, agotada la fuente
de mi seca fantasía,
con voz cansada quería
el relato posponer,
«Otra vez os diré el resto»,
les decía débilmente;
pero ellas alegremente
gritaban: «*¡Ya* es otra vez!»

Poco a poco fue surgiendo
la tierra maravillosa,
y cada escena curiosa
una a una se forjó.
Y ahora que el cuento ha acabado
vamos, bajo el sol poniente,
bajando por la corriente,
alegre tripulación.

¡Alicia!, acepta este cuento
y con dedos delicados
ponlo donde están trenzados
sueños del mundo infantil
con la cinta del Recuerdo,
como coronas ajadas
hechas de flores cortadas
en un lejano país.

Capítulo I

Por la madriguera abajo

Alicia empezaba a cansarse de estar allí sentada con su hermana a orillas del río sin tener nada que hacer. De vez en cuando se asomaba al libro que estaba leyendo su hermana, pero era un libro sin ilustraciones ni diálogos, «y ¿de qué sirve un libro —se preguntaba Alicia— que no tiene diálogos ni dibujos?».

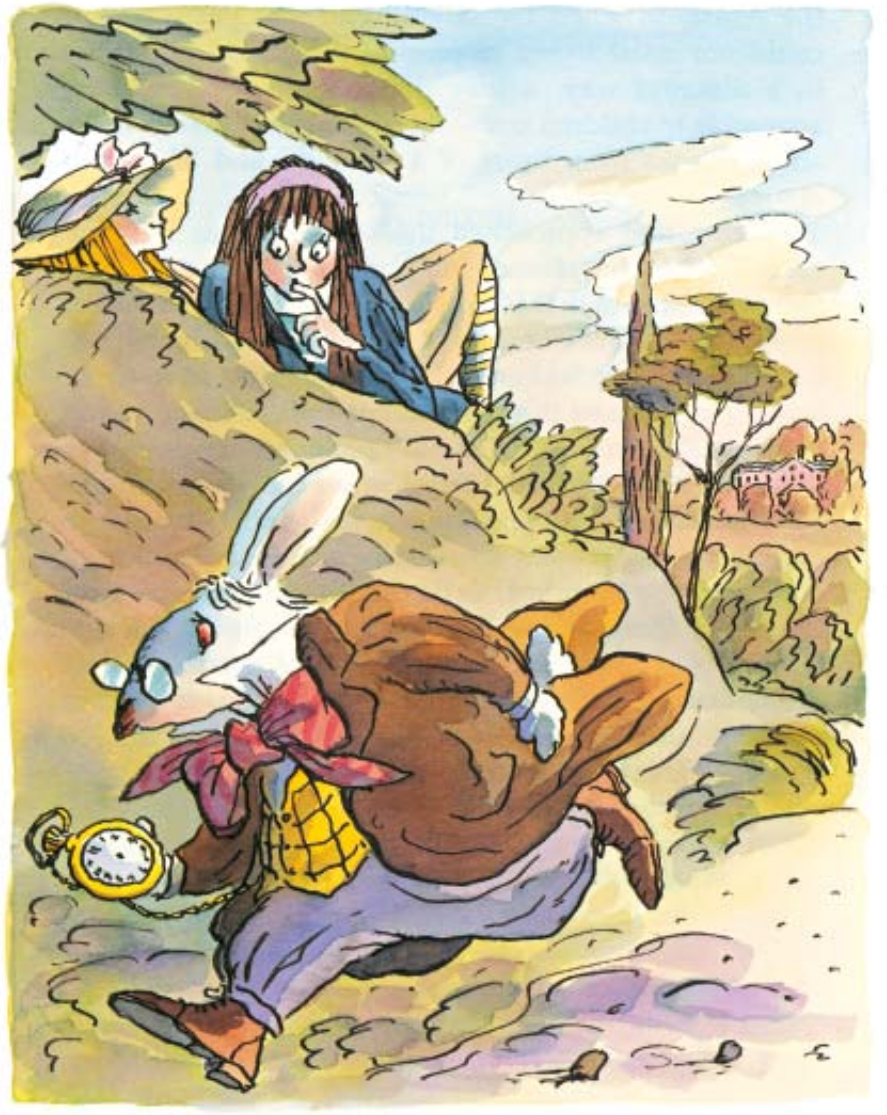
Estaba la niña dándole vueltas en la cabeza (y eran unas vueltas muy lentas porque el calor de aquel día de verano le producía una extraña somnolencia) a la idea de ir a por margaritas para tejer con ellas una guirnalda de flores, sopesando el esfuerzo que le costaría cogerlas, cuando de pronto un conejo blanco con grandes ojos rosados se cruzó ante ella.

En realidad no había *nada* de extraño en ello y Alicia no se sorprendió *ni siquiera* cuando le oyó decir:

—¡Ay, Dios mío, qué tarde se me está haciendo!

Y aunque más tarde, al recordarlo, le chocó que no le hubiera sorprendido, lo cierto es que en aquel momento le pareció de lo más natural. Y fue entonces cuando el conejo *sacó un reloj de bolsillo de su chaleco* para consultar la hora, antes de echar a correr de nuevo, y solo entonces se dio cuenta la niña de que nunca en su vida había visto un conejo con chaleco ni, mucho menos, con reloj de bolsillo. Alicia se levantó de un brinco y, muerta de curiosidad, corrió por la pradera hacia el lugar donde se encontraba el conejo, y llegó justo a tiempo de verle desaparecer por una gran madriguera que se abría al pie de un seto.

Y no tardó Alicia en seguirle, sin pararse a pensar cómo se las arreglaría para salir de allí.



La madriguera era un largo túnel que, de improviso, torcía su curso y descendía de forma tan inesperada, que Alicia, sin tiempo para pensar en detener su caída, se precipitó por lo que parecían las paredes de un pozo muy profundo.

Bien porque el pozo fuera muy profundo, bien porque su caída fuera muy lenta, lo cierto es que la niña tuvo tiempo de mirar a su alrededor mientras caía y de preguntarse dónde iría a parar. Al principio trató de mirar hacia abajo para ver dónde iría a dar, pero todo estaba demasiado oscuro. Entonces se fijó en las paredes del pozo y

se dio cuenta de que estaban llenas de armarios y estanterías además de mapas y de algún que otro cuadro colgado de un clavo. Mientras caía, Alicia cogió de una de las repisas un tarro con un letrero que decía «MERMELADA DE NARANJA», pero cuál no sería su desilusión al comprobar que estaba vacío. En lugar de dejarlo caer, lo que podría haber lastimado a alguien que estuviera abajo, prefirió dejarlo en uno de los armarios que estaban a su alcance.[1]

«¡Vaya! —se decía Alicia mientras continuaba cayendo—. Después de esto ya me puedo caer por las escaleras de casa con toda tranquilidad. En casa pensarán que me he vuelto muy valiente. ¡No pienso ni rechistar aunque me cayera del mismísimo tejado de mi casa!», lo cual, dicho sea de paso, era una verdad como un templo.[2]

Y seguía bajando, bajando, bajando. ¿Es que no acabaría *nunca* aquella caída?

—Me gustaría saber cuántas millas he descendido ya —dijo en voz alta—. Apuesto a que debo de estar cerca del centro de la tierra. Vamos a ver, eso serían unas cuatro mil millas aproximadamente —como podéis ver, Alicia había aprendido algunas cosas en la escuela y, aunque aquel no parecía el *mejor* momento para demostrar sus conocimientos, sobre todo porque nadie la estaba escuchando, tampoco le venía mal un repaso—. Sí, me parece que esa es la distancia correcta, pero entonces habría que calcular la *latitud* y la *longitud* de mi posición —y no es que la niña tuviera la menor idea de lo que eran latitud y longitud, sino que le parecían términos muy apropiados para usar en aquellas circunstancias.

No tardó en reanudar sus cavilaciones.

—¡A lo mejor *atravieso* la tierra y caigo del otro lado![3] ¡Qué divertido sería si saliera por el país donde la gente anda boca abajo! ¡Las *Antipatías* me parece que se llama...! —y la verdad es que, en esta ocasión, Alicia se alegró de que nadie la estuviera escuchando, porque tenía la impresión de haber metido la pata—. Y lo primero que haré es preguntarles el nombre del país en el que me encuentro. «Por favor, señora, ¿podría usted decirme si estoy en Australia o en Nueva Zelanda?» —mientras hablaba, Alicia intentaba hacer una pequeña reverencia, ¡aunque ya os podéis imaginar que no es fácil *hacer reverencias* mientras uno va volando por los aires!—. Pero la pobre señora se quedaría horrorizada de mi ignorancia... Mejor será que no se lo pregunte y que busque algún cartel donde lo indique.

Y seguía bajando, bajando y bajando. Como no tenía nada mejor que hacer, la niña pronto reanudó su palique.

—¡Ay! ¡Cómo me va a echar de menos Dina esta noche! —Dina era su gata—. Espero que alguien se acuerde de darle su platito de leche a la hora de la cena... ¡Dina, querida, Dina! ¡Ojalá estuvieras ahora aquí conmigo! No encontrarías muchos ratones por aquí, porque los ratones no vuelan, pero podrías cazar algún murciélago, que al fin y al cabo se parece bastante al ratón. ¿Pero comen murciélagos los gatos? ¿O será lo contrario, que los murciélagos se comen a los gatos?[4]

Una dulce somnolencia se había apoderado de la niña, lo cual no le impedía continuar su perorata, aunque de forma algo inconexa:

—Murciélago..., murcielagón..., murcierratón..., ¡murciegatón!

Daba igual quién se comiera a quién, el murciélago al ratón, el ratón al gato, el gato al murciélago, pensaba Alicia mientras esta iba quedándose profundamente dormida. Soñaba que estaba con Dina, y que iban juntas las dos de la mano dándose un paseo. «Dime la verdad, Dina —le preguntaba Alicia a su gata con toda seriedad—, ¿te has comido alguna vez un murciélago?», cuando de pronto notó que su cuerpo caía con estrépito sobre un montón de hojas secas. Se acabó el viaje.

Alicia no se había lastimado, así es que, de un brinco, se puso en pie y miró a su alrededor. Reinaba en torno a ella una profunda oscuridad y solo conseguía ver un largo pasadizo que se abría ante ella, en el fondo del cual se distinguía apenas la figura del Conejo Blanco, que desaparecía en la lejanía.

No podía perder ni un minuto, así es que Alicia corrió tras él y antes de que el Conejo doblara un recodo le oyó exclamar:

—¡Por mis barbas y mis bigotes, voto a tal! ¡Se me está haciendo tardísimo!

Estaba muy cerca de él, pero al doblar la esquina el Conejo había desaparecido. Se encontró en un salón estrecho y alargado, iluminado por una serie de lámparas que colgaban del techo.

En aquel salón había varias puertas, pero estaban todas cerradas. Alicia, después de probar la cerradura de cada una de las puertas, se dirigió al centro de la habitación, pensando tristemente que estaba atrapada y que nunca más podría salir de allí.

Y fue entonces cuando descubrió una pequeña mesa de tres patas, toda ella de cristal. Sobre la mesa había solamente una diminuta llave dorada, y al momento pensó Alicia que se trataba de una de las llaves de las puertas del salón. Pero muy pronto pudo comprobar que la llave era demasiado pequeña para las cerraduras... o bien que las cerraduras eran demasiado grandes para la llave. La llave no servía para abrir aquellas puertas. Pero al dar otra vuelta a la habitación descubrió, detrás de unas cortinas que la ocultaban, una puerta mucho más pequeña, tan pequeña que apenas mediría treinta centímetros. Probó suerte con la llave y pudo comprobar, con alborozo, que funcionaba perfectamente.

Alicia abrió la puerta y vio que conducía a un pequeño túnel del tamaño de una ratonera. Se arrodilló y vio que en el fondo del túnel se abría el jardín más maravilloso que pudiera jamás soñar. ¡Ya se imaginaba lejos de aquel lúgubre salón, paseando entre parterres de preciosas flores, acompañada por el murmullo de cris-

talinas fuentes! Pero el caso es que ni siquiera había logrado introducir la cabeza por la entrada del túnel. «Y aunque *la metiera,* ¿de qué me iba a servir? —pensaba la pobre Alicia—. ¿De qué sirve una cabeza sola si no va acompañada del tronco? ¡Ojalá supiera comprimirme como si fuera un catalejo! Y el caso es que podría hacerlo, con tal que supiera cómo empezar». Y es que a Alicia le habían ocurrido cosas tan extraordinarias, que ya nada le parecía imposible.

No había razón para quedarse junto a aquella puerta, así es que la niña se dirigió de nuevo hacia la mesa, esperando encontrar otra llave o quizás algún libro de fórmulas mágicas que le enseñara a comprimirse como un catalejo. Pero en esta ocasión halló una pequeña botella («juraría que antes no estaba aquí», pensó Alicia) con un rótulo colgado alrededor del cuello, que rezaba «BÉBEME» en grandes letras de molde.

Estaba muy bien eso de «Bébeme», pero Alicia era demasiado lista para dejarse embaucar tan fácilmente.

«Antes —se dijo— es preciso ver si hay alguna contraindicación, algún otro letrero que diga *"veneno"*».

Porque Alicia había leído cuentos en que los niños se quemaban o los devoraban las bestias salvajes, y todo por *no hacer* caso de los consejos de sus amigos. Se habían olvidado de que un hierro al rojo vivo te puede quemar la mano si lo sostienes mucho rato o de que, si te empeñas en cortarte el dedo con un cuchillo, te puedes hacer mucha sangre. De la misma manera, si te bebes un frasco que diga «veneno», es muy probable que, tarde o temprano, te siente fatal.[5]

Sin embargo, Alicia no encontró ninguna indicación que dijera «veneno», así es que hizo de tripas corazón y se lo llevó a la boca para probarlo. Tenía un sabor muy agradable, algo así como una mezcla de pastel de cerezas, flan, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla. Tan agradable que, en un abrir y cerrar de ojos, la niña se bebió el frasco entero.

* * *

—¡Qué sensación más extraña! —dijo Alicia—. Siento como si me comprimiera igual que si fuera un catalejo.

Y eso era, en verdad, lo que le estaba sucediendo. Su tamaño se había reducido a unos veinte centímetros, y su rostro se iluminó de alegría al pensar que tenía ahora el tamaño justo para introducirse por la puerta que conducía hacia aquel maravilloso jardín. Antes, sin embargo, esperó unos momentos para ver si seguía disminuyendo de tamaño. Se había puesto algo nerviosa al pensar dónde iría a parar todo aquello.

«¿Qué pasaría —se dijo— si me esfumo del todo como se esfuma una vela cuando se le acaba la cera?»

Y trataba de imaginarse lo que le ocurría a la llama cuando se apagaba una vela, y trataba de recordar, en vano, la llama sin la vela que la alimentara.

Pero al comprobar que ya no menguaba de tamaño se decidió a salir al jardín por la puerta. Pero, ¡ay, pobre Alicia!, al llegar a la puerta se dio cuenta de que se había olvidado la pequeña llave dorada que la abría, y, al volver a la mesa, se dio cuenta de que la llave estaba ahora fuera de su alcance. Podía verla claramente a través del cristal de la mesa e incluso intentó llegar a ella trepando por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza. Cansada y desesperada, la niña se sentó y comenzó a llorar.

—¡Vamos, vamos! —se reprendía Alicia a sí misma—. ¡De nada te sirve tanto llorar! ¡Ya te estás callando ahora mismito!

Alicia solía darse muy buenos consejos, aunque también es verdad que rara vez los seguía. A veces se regañaba tanto, que acababan saltándosele las lágrimas, y en una ocasión en la que ella misma se hacía trampas jugando en solitario una partida de croquet recordaba haberse dado de cachetazos en las orejas. Y es que aquella niña tan original jugaba a veces a ser dos personas distintas. «Aunque de nada me serviría ahora ese juego —pensó la pobre Alicia—. ¡Cómo voy a ser dos personas si ni siquiera soy del todo *una!*»

Al poco rato, sus ojos descubrieron una cajita de cristal que se hallaba debajo de la mesa. La abrió y vio que dentro había un diminuto pastel, y sobre el pastel, escrito con ricas pasas, se leía la palabra «CÓMEME».

—Bueno, pues me lo comeré —dijo Alicia—, y así, si crezco, podré alcanzar la llave, y si menguo, seré tan pequeña que podré pasar por debajo de la puerta para llegar al jardín. Así es que ¡no pierdo nada con comerlo!

Mordisqueó el pastelillo y se preguntó con ansiedad:

—¿Hacia dónde voy, hacia arriba o hacia abajo?

Mientras hablaba se había colocado una mano en la cabeza para poder comprobar si crecía o menguaba. Se quedó muy extrañada al ver que no cambiaba. Y realmente aquello no tenía nada de extraño,

porque es lo que suele ocurrir cuando uno se toma un pastel. Pero Alicia se había acostumbrado de tal modo a que le ocurrieran cosas extraordinarias, que le pareció una tontería que la vida siguiera siendo normal.

Le hincó el diente y en poco tiempo dio buena cuenta del pastelillo.